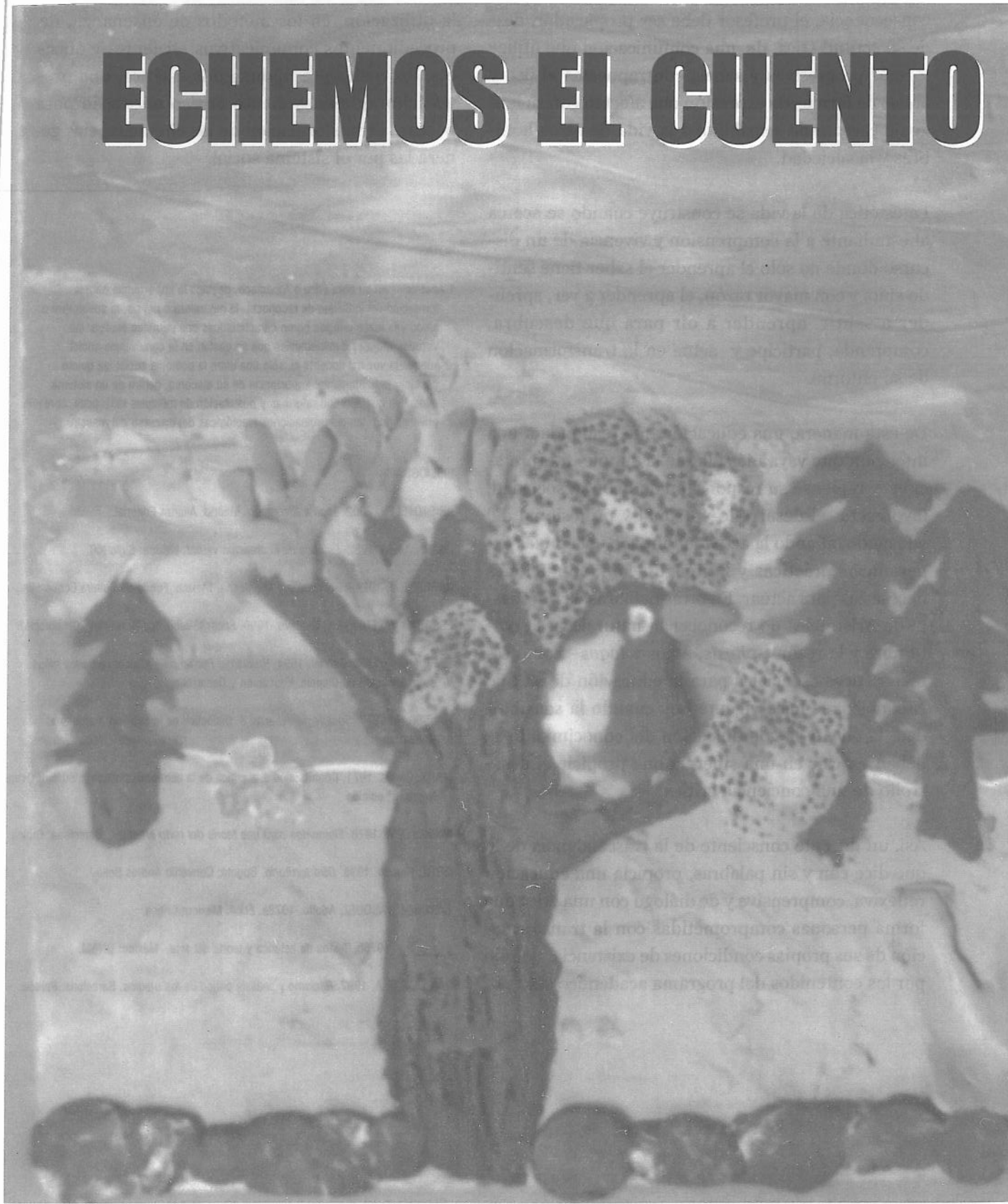


ECHEMOS EL CUENTO



SERAFÍN BARRERO-ALAYÓN

Licenciado en Ciencias de la Educación con especialidad en Español. Postgrado en Lingüística y Literatura con especialidad en Literatura Hispanoamericana. Candidato a título de maestría. Docente del Programa de Licenciatura en Educación Básica con énfasis en Humanidades y Lengua Castellana de la Facultad de Educación de Uniminuto.



N

o sabemos ni sabremos nunca quién fue el primero o la primera que con verdades o mentiras o con mentiras y verdades echó a andar lo que hoy en día llamamos *cuento*. Tampoco interesa.

Se sabe que la gente conversa. Lo hace para entretener o entretenerse. Para hablar bien o mal de alguien o de algo. Para dejar salir su alegría o su rabia. Para mamar gallo. Para liderar y sobresalir, mejor dicho, para chicaniar. Las vidas son tan intrascendentes, a veces, que lo mejor es engrandecerlas con un buen cuento y bien echado. El que no haya echado un cuento, que tire...

Después de una jornada de cacería, de pesca o de recolección de frutos, estando bien mamados, lo mejor era echarse un buen cuento o ¿no? "Que me encontré con un tiranosaurio rex iuf! ¡Qué susto tan hij...! ¿Que qué hice?, pues con la varita que llevaba lo agarré a fueite. Y aquí estoy". Y así y así cada man, hasta que los rendía el sueño. Y en el sueño, más material para más cuentos.

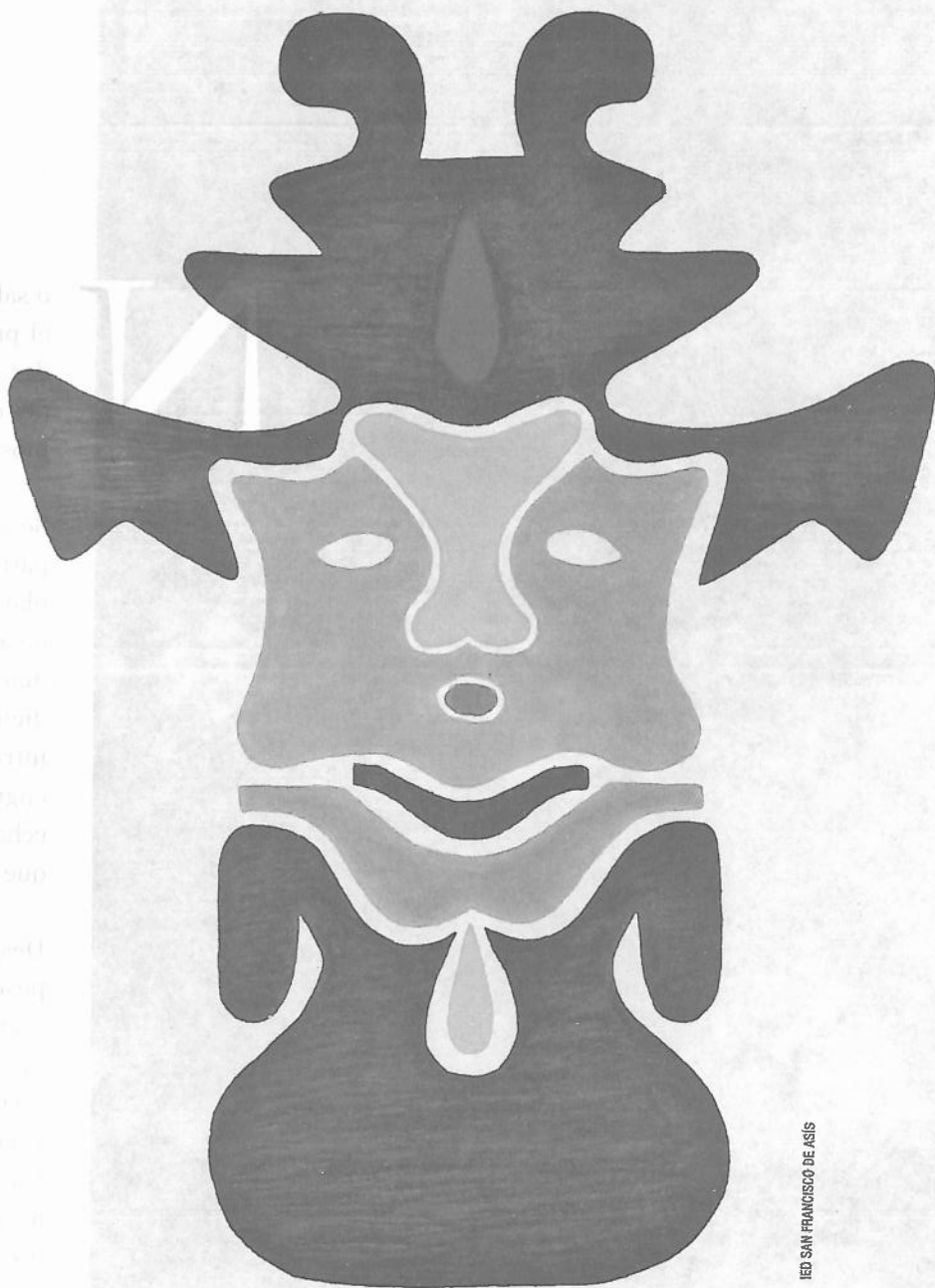
Las viejas no se quedaban atrás. “¡Uy! hermana, esta mañana estaba yo ahí sola haciendo fuego, cuando se entró a la cueva un man que yo nunca había visto por aquí. Me dio un miedo el tenaz, pero también un cosquilleo. ¿Cómo así, marica? No, nada. Y como le iba diciendo, era un man como esos de la película de Jean Jacques Annaud. ¿Que qué hice?, pues con el cinturón de castidad de palma africana, lo encendí a correa. Y aquí estoy”. Y así y así cada vieja, hasta que llegaban sus propios manes y no habían prendido fuego.

La cosa fue mejorando. Los de más carreta y las más carretudas fueron haciendo los cuentos cada vez más largos, más intrincados, más tensos, más sorprendentes. Así son los cuentos. Algún tipo decía, “yo no me dejo del careplátano”, y le iban metiendo vainitas por aquí y vainitas por allá, hasta que resultaba ¡qué tronco de relato! Relato y cuento son la misma vaina. Y al revés.

Luego vinieron los viajes. No se podía estar en la misma parte toda la vida. Por tierra, por río y por mar esos manes y viejas se fueron dispersando. Volvían algunos y algunas retornaban al lugar de origen y, claro, echaban su cuento.

Posteriormente vinieron las guerras. Los manes fueron y se mataron. Parece que las viejas no fueron (¿o muy pocas?, ¡no se hagan las inocentes!). Los pocos manes que regresaron, todos jodidos, también echaron su cuento. Nació la épica.

Los tipos pacíficos y las mujeres que no fueron a darse garrote, se dedicaron a cosas más productivas: ellos hicieron casas, ellas sembraron maticas; construyeron caminos; fabricaron flautas, y, claro, háganle al cuento. “Que es mejor empezarlo por aquí y embrollarlo por allá y terminarlo por este lado”; como quien dice: *introducción, nudo y desenlace*. No ir a la guerra produce grandes frutos.



Oiga, –dijo alguien– hagamos unos cuentos para las mentiras históricas y otros para las históricas mentiras; algunos más para las mentiras amorosas o sobre los hombres malos o quizás sobre las mujeres perwersas, y todo lo contrario. Algún otro mencionó unos sobre los fantasmas, algunos sobre los hechos raros y asombrosos y otros sobre gigantes y enanos. En el coloquio surgieron los de horror y angustia. Y no pueden faltar los del fondo del mar y la luna. Y sobre la gente buena y el sufrimiento. Y sobre la cárcel y la libertad. Y...

Y fueron creciendo y creciendo y se volvieron novelas (aunque Kristeva diga otra cosa, que la novela surgió con la burguesía, es decir, con el Capitalismo, por allá en los siglos XV a XVI). Capitalismo lo escribo con mayúscula porque es el que manda. Y vinieron los clasificadores y clasificaron los cuentos y los teorizadores los teorizaron. Y llegaron los maestros y las maestras para tratar de enseñar toda esa vaina. Echan otro cuento.

Los teorizadores siempre llegan después de los Artistas. Uno que se llama van Dijk metió su esquema: *narración, historia, trama, episodio, marco, suceso, complicación, resolución, moraleja y evaluación*. Sirve. De aquellos, de los teorizadores, aparece eso de *cuentos de terror, cuentos de ciencia ficción, cuentos fantásticos, cuentos populares, cuentos de...*

El cuento es breve. (Yo no entiendo bien ese cuento de cuento largo y cuento corto; que el largo es novela corta; que la novela corta es cuento largo. ¿Si ven? Tenaz.) Debe tener poquitos personajes, no muchas acciones, eso sí, encadenaditas todas de modo tal que

vayan como desesperando al cliente, pero sin aflojarlo. ¡Qué bueno que se inicie y se termine con la misma palabra o casi la misma! Elaboradito. Que no se disperse, concentradito. Y que al terminarse o resolverse el problema o conflicto deje turulato al oyente. Sí, al oyente, porque el cuento es oral. La cosa escrita fue mucho después de después. Ahora. Aparecieron unos tipos y unas tipas dispuestos y dispuestas a meterles temple, o sea, Arte. Y lo lograron. Nació el cuento literario. (Suena raro: *cuento literario...*)

Ahora la cosa es con pluma y papel. Con teclado y pantalla. Y lo peor de todo, con editor. Claro que uno, gracias al editor, puede volverse hasta famoso e ir más allá de la tribu. Y le dan condecoraciones y Nobeles y claro, mucho biyuyo. Pero el asunto de la comercialización tiene su problema porque cuando alguien escribe más de cien cuentos (¿muchos?), comienza a tirarse la cosa; sin embargo, a esa altura del partido nada le pasa, porque ya para entonces es un *pontífice*. El escritor artista como el deportista genuino, debería retirarse a tiempo; claro, con rarísimas excepciones de inmensos Escritores, que lo son hasta la muerte.

La vaina era mejor al principio. Ahí, alrededor del fuego, tirando palabra y los niños y las niñas tirando oreja, cogiendo práctica-teoría de la buena, hilando sueños, chupando teta y con la Tierra todavía virgen, intacta, en la mirada.

¡Basta ya! La noche es larga y el Cuento hasta ahora empieza.